

El concepto social acerca de la enfermedad

Por. ENRIQUE GUARNER

CUANDO algún investigador quiere entender las enfermedades de acuerdo con las condiciones sociales que prevalecieron en un lugar, realiza una verdadera historia del hombre. Esta concepción es absolutamente válida puesto que tiene que incluir la atmósfera política, la evolución de las ideas en el tiempo, los estados de guerra o paz y hasta las invenciones que hayan ocurrido en el momento.

Puede afirmarse que desde las épocas más remotas se utilizaban amuletos para evitar el contagio de ciertas enfermedades. En Egipto existían precauciones en cuanto a la ingestión de alimentos, se señalaban los lugares separados de los pozos que contenían el agua potable. Posteriormente la judíos decidieron que la carne de cerdo era impura por lo que los investigadores han inferido que ello se debió a la comprobación de triquinosis entre aquellos que la consumían con frecuencia. Sin embargo, resalta difícil desentrañar si el proceder emanó de un conocimiento semicientífico o de prácticas mágico-religiosas. En el antiguo Israel la vida de los leprosos se llevaba a cabo en sitios apartados para evitar el que la población sana sufriera el contagio.

En Grecia el vocablo higiene fue introducido por Diácles, quien había sido discípulo de Hipócrates y los baños públicos se convirtieron en el atractivo de rutina. De la misma ma-

nera se cuidaba la estética en la figura por medio de la gimnasia o el atletismo, y con esmero se vigilaba la dieta.

Nueve siglos antes de J. C., Homero menciona a Asclepios quien posteriormente fuera llamado Esculapio por los romanos y que descendía directamente de Apolo. Este héroe al igual que Jasón, Aquiles y Heracles fue educado por el centauro Quirón quien lo adiestró en el arte de la medicina, el cual puso en práctica durante el sitio de Troya. Alrededor de su efígie se estableció el linaje de los asclepiades, sacerdotes que transmitían hereditariamente el secreto de las curaciones que se oficiaban en sus templos.

El más célebre de estos últimos fue el que se construyó en Epidaurio y del que se conservan las ruinas. El santuario adquirió enormes proporciones con un estadio que alojaba a 1000 personas, numerosos pabellones con baños y otros repletos de aparatos gimnásticos. En la ornamentación del templo se erigieron estatuas a los dioses y a los médicos famosos; así como también había inscripciones que relataban las curaciones milagrosas.

Antes de iniciar cualquier tratamiento el paciente pasaba por la purificación del baño, seguían las abluciones y se quemaba incienso. Esta solemnidad se acompañaba con música de las liras y oraciones fervientes.

Cuando se aproximaba la noche, el enfermo era pre-

parado para que tuviera alucinaciones en sus sueños, para lo cual se empleaban fuegos artificiales. Al día siguiente llegaba el onírico que ofrecía a cada persona la interpretación de sus sueños que servían para instruirle sobre la naturaleza de su mal. Si la patología no era modificada se hacían nuevas ofrendas y se repetían la ceremonia.

Aunque los romanos mantuvieron la tradición helénica del baño, se sabe de la gran cantidad de epidemia que padecieron, muchas de las cuales se expandieron por la suciedad de la ciudad. Algunas de ellas han sido documentadas como la que sucedió en Campania poco después de la erupción del Vesuvio y que mató a cerca de 50000 personas. De la misma manera conocemos la del año 166, que ocasionó el que Galeno huyera de Roma a pesar de que se le acababa de nombrar médico del emperador. Hoy en día presuimos de que se trataba de la peste bubónica que ocasiona el microbio «pasteurella pestis», la cual puede evitarse con medios profilácticos elementales por lo que suponemos que existía un gran atraso en la medidas higiénicas que prevalecían en la época.

La ancestral costumbre oriental de ofrecer albergue a los visitantes o viajeros que se detenían durante su ruta, en la búsqueda de alimento o de refugio por sufrir alguna enfermedad, derivó en lo que conocemos como el hospital. El vocablo original latino era «hospes» que significaba huésped y es de esta palabra de la que emanan hotel y hos-

tería.

La evolución hacia las clínicas actuales debe ser asociada con el advenimiento del Cristianismo. La ética que se basaba en la fe y la caridad condujo a la aparición de los nosocomios. En el Concilio de Nicea que tuvo lugar en 325, los obispos fueron invitados a establecer hospitales en las ciudades que contaron con alguna catedral. Diez años más tarde Constantino quien se convirtió en el primer emperador que abrazó la religión católica mandó cerrar todos los templos paganos.

A partir de entonces se edificaron hospitales uno de los cuales fue el Hotel-Dieu que data del año 652 y que se construyó en París. Esta institución es la clínica más vieja que todavía funciona con un promedio de 2000 pacientes. En el año 1788 el índice de mortalidad resultaba altísimo alcanzando a la cuarta parte de los enfermos internados y al 10% del personal. La razón partía de que cada cama era compartida por más de seis personas y no fue hasta 1793 cuando la Convención de la Revolución Francesa decretó que no hubiera más de un paciente en cada cama y que estuviera separado un metro del más cercano.

El hospital de Bagdad se fundó en el año 1160 y sustituyó un centro de tratamiento construido con un lujo sorprendente. Con posterioridad se erigieron clínicas similares en Damasco, El Cairo y Córdoba. Desde 1365 existía en Granada un asilo para alojar a los enfermos mentales, pero el de mayor importancia

en su género se levantó en 1409 en Valencia. Puede afirmarse que los médicos así como los hospitales árabes eran superiores a los europeos. Durante las Cruzadas que persistieron desde 1096 hasta 1291, se construyeron numerosos hospitales para dar terapia a quienes recorrían la ruta de Europa a Tierra Santa.

En Inglaterra las clínicas de San Bartolomé y Santo Tomás fueron fundadas por monjes en los años de 1123 y 1215 respectivamente. La medicina era practicada por religiosos que vivían en los monasterios aledaños. Cuando Enrique VIII, para casarse con Ana Bolena, abandonó el rito católico; los hospitales pasaron a poder del elemento secular que mantuvo al cuidado de los enfermos a lo largo de 170 años.

Es curioso señalar que las condiciones higiénicas eran tan pobres que el rey Luis XIV pasaba insomne muchas noches porque no había manera de acabar con las chinches que habitaban en su colchón. El mismo caso tuvo lugar cuando el 12 de junio de 1864 durmió en el Palacio Nacional el emperador Maximiliano, quien por la presencia de los mismos parásitos huyó al castillo de Chapultepec.

El aporte más importante que recibió la medicina social provino de la bacteriología. Los sensacionales descubrimientos de los microbios que afectan al hombre y transmiten las enfermedades pusieron sobre la verdadera ruta a los higienistas. Berlín se convirtió en uno de los centros de los grandes hallazgos y en el hospital de la Charité del

Wilhelmstrasse que fuera fundado en 1710 comenzaron a destacar los genios de Roberto Koch y Paul Ehrlich. En pleno siglo XIX el saneamiento de las aguas y las tierras ascendió a su completo aprecio y la lucha contra las bacterias entró en una etapa decisiva derivada de las prácticas introducidas por Louis Pasteur. A su vez el inglés Joseph Lister hizo énfasis en la asepsia quirúrgica.

A partir de entonces la medicina social trajo mejores condiciones de vida en diversos países. Sin embargo, en México siguen existiendo graves problemas de salubridad y de higiene que son derivados de la mala distribución de la riqueza y de cierta ideosincracia de las gentes.

El primer hospital que se edificó en América fue el de la Limpia Concepción de Nuestra Señora que fundara Hernán Cortés como acción de gracias por haber conquistado Tenochtitlán. Sin embargo, la clínica más importante que existió en la Nueva España fue la de Jesús, la cual impartió sus servicios por más de cuatro siglos. Desafortunadamente la mayoría de los nosocomios que se construyeron en las siguientes centurias seguían la línea francesa de edificaciones horizontales como el Hospital General o el antiguo manicomio de la Castañeda donde muchos hicimos internados.

En cambio en Estados Unidos se siguió el modelo británico y pronto surgieron grandes filántropos que cedieron parte de su riqueza para que se levantaran hospitales importantes. De-

be añadirse que casi todos ellos se afiliaron a universidades convirtiéndose la enseñanza en un verdadero estímulo. Fue así como el Massachusetts General Hospital data de 1816 y está incorporado a Harvard; el Johns Hopkins nació en 1876 y pronto se llevó a su seno al talentoso médico canadiense Williams Osler. El Bellevue se derivó del primer hospital construido en Nueva York quedando asociado con Columbia y el Barnes de St. Louis se unió a Washington University. Por cierto que en los cincuenta cuando realicé allí parte de mi residencia los pacientes negros eran alojados en el sótano, mientras los bancos se trataban en los pisos superiores. Tengo que agregar en honor a la verdad que en mi última visita a este centro hospitalario observé que la situación ha sido venturosamente modificada y que ya existe una integración racial absoluta.

La medicina social debería constituir uno de los máximos ideales del ser humano y no sólo incluir el diagnóstico y tratamiento de los enfermos en un magnífico hospital, sino la prevención de todos los padecimientos que podemos sufrir. El papel de la dieta y el deporte tienen que ser tomados en cuenta, pero más que nada el elemento psicológico que tanto figura en los trastornos físicos y del que me ocuparé en el próximo artículo.